

LA PROTESTA HUMANA

PERIODICO ANARQUISTA

SUSCRIPCIÓN

Semestre.....	Ps. 1.00
Año.....	2.00
Faquetes de 25 ejemplares.....	1.00

PAGO ADELANTADO

SALE UN DOMINGO POR OTRO

Número suelto: Cinco Centavos

DIRECCIÓN: G. LAFARGA

Calle Chile n. 2274

BUENOS AIRES

Los burgueses disgustados

La Nación es un periódico burgués de muy finas maneras, pero con un fondo terrible de malicia.

El otro día, con motivo de la huelga de Mar del Plata, publicó un artículo muy meloso, pero tocando la campana de rebato.

Empieza: «Poco a poco todas las plagas de las viejas sociedades se van trasplantando al suelo americano; aludimos, añade, al anarquismo y socialismo, que prometen extenderse aquí con igual rapidez que en otros países».

Ya es conceder. No ha mucho se negaba todo esto, cuando es sabido que no hay efecto sin causa; y como la causa existe aquí, como en Europa—la explotación del hombre por el hombre con todas sus naturales consecuencias—lógico es que surgan los consiguientes efectos—la protesta de los explotados.

Y continúa La Nación: «Lo que hay que asegurar, sobre todo, es la libertad del trabajo».

No dice sí también debe continuar la libertad de usurpar el producto del trabajo ajeno y aún la de morir de hambre el obrero.

De estas libertades se olvidó La Nación muy oportunamente.

Pero, en cambio, relata «concepciones y excesos, cometidos por los trabajadores en lucha con el capital, «excesos, dice, que es preciso reprimir y castigar severamente».

«No aconsejamos—(qué es caso)—una política de persecución ó de represión; ni el socialismo ni el anarquismo son todavía peligrosos entre nosotros; pero sí aconsejamos *estudio*, observación y vigilancia para impedir que al amparo de la indiferencia—(indiferencia)—ó tolerancia excesiva, tomen un vuelo inconveniente y lleguen á constituir un peligro para el orden social.»

Vean nuestros compañeros si es benévola La Nación: sólo aconseja el estudio.

Pero nosotros aconsejamos á todos los obreros que procuren no ser muy *estudiados*, porque corren el peligro de ser *observados* al estilo de los países viejos en que todavía la libertad política no se ha afianzado (!) como en Sud-América.

Por lo demás, no hay que decir si es liberal nuestra burguesía. Bien diferente de esas aristocracias europeas, que no respetan y odian la igualdad de clases y el derecho para todos, ella deja decir y hacer cuanto se quiera, mientras la santa resignación al continuo despojo y la obediencia absoluta á todas las tiranías sean perfectamente sufridas. Pero á la mínima protesta reivindicatoria, al menor síntoma de sentirse hombre el hombre, toda la policía, todo el ejército, todo el Estado, toda la Iglesia, toda la mesocracia y burocracia se sienten impulsados á aplastar al rebelde, con ley ó sin ley, con todo su poder ó fuerza.

Pero este estudio ya lo tenemos nosotros olvidado por muy sabido; y lo único que hace falta es que todos los trabajadores se convengan de que en la sociedad actual reina la misma tiranía que en los pasados siglos; que la libertad y el derecho son para farsa; que no hay más filosofía que la de los estómagos repletos, rodeados de bayonetas para hacer una tranquila digestión y la de los estómagos vacíos cuyos alimentos les son arrebatados para el engorde de los satisfechos.

Y la voz de alarma de La Nación sea estímulo para que el número de los convencidos crezca, crezca incesantemente... y las amenazas de los tiranos se vuelvan súplicas, para no sufrir ellos el terrible martirio que durante tantos siglos está sufriendo el proletariado.

¡Acordaos! dijeron los mártires de Chicago. ¡Acordaos! repetimos.

Hoy domingo á las 9 de la mañana, el gremio de obreros panaderos celebrará una reunión de socios y no socios en su local social Rincón 369, para tratar asuntos importantes.

Que no se olviden las lecciones de la historia, y sus enseñanzas.

Algún día llegará el triunfo de la gran causa humana.

Es la ley natural del progreso.

Las reformas legalitarias

El Socialismo legalitario tiene un terrapánico hacia la Revolución Social hecha por los hambrientos y por los ignorantes. El socialismo anarquista, que no tiene la pérfida costumbre de analizar las cuestiones humanas á través de quebrados telescopios, acepta esa misma Revolución Social como quita que se pronuncie, ora por los hambrientos, ora por los inconscientes, ó ya con la mayoría de hombres inconscientes, de mera fe en ella, ó ya con el mayor número de convencidos; pero que sea Revolución Social, le ahí la cuestión.

Toda nuestra enseñanza, toda nuestra pedagogía, es claro, tiende á hacer convencidos. Los convencidos son revolucionarios. Luego nuestra pedagogía en acción, tiene la practicidad de acelerar uniformemente la Revolución. Por esto somos lógicos, á pesar de todos los sofismas en contra que presenta el Socialismo legalitario; y así lo demostraremos.

Sentados estos principios, sin obstinación á confundir los términos del raciocinio, vamos á probar á los socialistas legalitarios que sus pretensas reformas para mejorar la condición económica y moral de los trabajadores con una utopía perfecta, un sueño muy encomiable por la intención íntima, es cierto; más también una ilusión harto perjudicial, por cuanto desvía las energías de una parte del proletariado del camino único á seguir, el de la Revolución. Los legalitarios creen y tienen por fin la Revolución, piensan en ella, pero no obran como piensan; y según Guyau, «el que no obra como piensa, piensa incompletamente».

Que la llamada sociedad presente ha marcado ya en su reloj la hora postrera de la evolución de su ciclo, no se debe tan siquiera discurrir. La existencia actual de las falanges de todo socialismo es el hecho más concluyente de la demostración. Por consiguiente sólo marchamos á la Revolución. Que la burguesía se resista á convencerse de su decadencia y muerte, de que su clásica supremacía cesa, y reacciones desesperadamente, oh, no nos asombra, absolutamente: la vivora muere, y cuando se le devuelve golpe por golpe, se defiende; no puede comprender que no es moriendo como se vive ni que por ello deba ser aplastada: reacciona y se defiende, lo mismo que la burguesía, igual, igual.

Pero que el socialismo legalitario nos presente la reacción que obstruye la evolución, la que por su parte obstruye á su vez la Revolución, sí, nos asombra y mucho que si, de ahí que nosotros debamos combatir á los legalitarios lo mismo que á la burguesía por cuanto ambos nos presentan un obstáculo homogéneo, casi consolidado. La burguesía y el legalitarismo se baten entre sí, pero cuando se trata de nosotros, del anarquismo, ambos nos baten juntos y casi con las mismas incongruencias, las mismas mentiras, ó idéntica ignorancia. Por parte del Socialismo legalitario nos resulta algo triste todo esto: sus prosélitos son nuestros hermanos en el struggle for life, y análogas tiranías pesan sobre ellos y nosotros. Pero dado que se empecinan sistemáticamente en su norma de batalla, parapetándose en aquello de que somos románticos, idealistas, cuando precisamente somos prácticos por excelencia, dado que les parece que una clase, como la trabajadora, no puede replantarse á otra, como la burguesía, sin antes haberse educado intelectualmente á una altura igual ó mayor que la clase llamada á perecer, dado todo esto proponen... la espera, interin que ellos trabajan para absorberse todos los poderes públicos, desde donde irradian las reformas que dan satisfacción de la jornada de ocho horas, salario mínimo, etc., etc.

Pues, bien: la Revolución Social se hará por los hambrientos y, probablemente, por los ignorantes, no tengan duda los legalitarios; y se hará así en virtud de que la supuesta sanción de las ocho horas y la cifra del salario mínimo y las otras más que guardan en cartera no darán, admitidas las descabelladas hipótesis de esas sanciones, más saber ni más pan al errabundo obrero, hoy, macho de carga de la burguesía que lo explota y degüella á su magestuoso antojo, y, mañana, mulo sustentador de la burocracia socialista.

Y lo demostramos, como demostramos todo: demos por asentado que las sanciones poseen la intitulada «fuerza de ley»; y bien, la burguesía se retirará del caso, pondrá al hambriento en el dilema de trabajar nueve, diez ó doce horas, en vez de las ocho sancionadas, ó retirarse á su pocilga á esperar que la «fuerza de ley» le dé de comer á él y su prole. Que no suceda así; habrá una condensación del trabajo: el obrero deberá producir en ocho horas lo que producía antes en diez, ó doce, ó, á veces, catorce. El destroz orgánico del obrero, entonces, irá á la carrera y la degeneración será espantosa en sus cosechas. El mismo Marx ha constatado este hecho en su famosa obra «El Capital»: «Aunque los inspectores de fábricas no dejan nunca, y con gran razón, de hacer resaltar los resultados favorables de la legislación de 1814 y 1850, están, no obstante, obligados á reconocer que la reducción de la jornada, ha provocado ya una condensación de trabajo que ataca la salud del obrero, y, por consecuencia, su propia fuerza productiva». Y más adelante: «En la mayoría de las fábricas de algodón, de seda, etc., el estado de sobre excitación que siempre exige el trabajo en las máquinas, cuyo movimiento ha sido extraordinariamente acelerado en los últimos años, parece ser una de las causas de la mortalidad excesiva á consecuencia de afecciones pulmonares que el doctor Greenhow ha señalado en su último y admirable informe. También que no suceda lo que el mismo Marx se encarga de apuntar por una parte y sucederá lo que apunta en otra: «La ley de fábricas (ley de las nueve horas) ha tenido por efecto propagar la introducción de máquinas». Agregamos nosotros lo que es harto notorio: á mayor número de máquinas y á mayor perfección de las nuevas, mayores hambres, mayores cifras de desocupados (y aquí lo de la Revolución por hambre). Nosotros somos muy condescendientes: supongamos también que nada de esto suceda, y dejemos al capitalista pagando por las ocho horas la mitad de lo que hoy paga por catorce; y así, hoy que el salario, apenas le alcanza al trabajador para no perecer de miseria, mañana con la ley legalitaria rumiará otras hambres, puesto que percibirá la mitad, ó, á lo menos, la proporción que le corresponda, por hora, á las ocho que trabaje. Sigamos suponiendo que todo cuanto acabamos de argumentar no acontece, y por cierto que es mucho suponer, en virtud de que se crea una repartición nacional de control é inspección al capitalista-patrón. Esta repartición tendrá que componerse de un personal numeroso, tanto es así que será como la creación de otro nuevo Estado, y es claro que á la nueva falange de burocratas habrá que pagarlos. Ahora bien ¿ignoran los socialistas legalitarios quién es el que paga hasta el último ordenanza que lleva las botas al ensoberbecido y desdichado empleado? Sin duda que no. Luego esto es nuevo gravamen sobre el trabajo, ¿verdad?

Además, ya sabemos que la concurrencia trae consigo á la competencia: la lucha que hoy existe entre el ocupado y el desocupado entonces no será posible; sabemos que en nuestro *estado* que la necesidad doblega al obrero, para vivir, á ofrecerse por la mitad del jornal, que como promedio se paga al operario y, aún, en muchas, pero muchísimas ocasiones por el trabajo doble. Con las sanciones legalitarias este plazo que da la vida desaparecerá: el burgués dirá que hay una ley «controlada fuertemente» que le impide explotar al de la oferta: «Muérase de hambre, pobre amigo mío, ó arréglese con los diputados socialistas legalitarios que sancionan estas leyes!» ¡Oh, el caso sería sangrientamente chistoso! Y la ocasión espléndida para los Henry y Kavaehol. Si hoy rechaza la Anarquía estos actos que no le resultan sino de resto y no de producto, entonces habría que adocinarlos, establecerlos como super-buenos, y convertirnos todos en Vaillant que no se frusó.

Observemos, de paso, lo que Grave también lo hace observar, que la propiedad en tal caso sería viable, que los derechos entendidos por la burguesía se tomarían en torcidos, que el acto de la tal ley sería, no inscon-titucional para cualquier Estado, sino que tirano, prepotente é inaceptable por completo, y digamos con Grave que, «sería menester una revolución ó un golpe de Estado para aceptar medidas tan vejatorias. Revolución por revolución, ¿no es más conveniente realizarla para progresar antes que para establecer medidas opresoras?»

Vemos, pues, que aun con las ocho horas sancionadas ni el obrero se ilustra más ni más come que lo que se ilustra y come hoy; vemos, por el contrario, que la situación proletaria sería aún peor todavía y vemos, por

último, que el temor á la Revolución Social por hambre é ignorancia podría desaparecer cuando el Socialismo legalitario se nos ayuntase, formara libremente en nuestras huésteras y no nos distrajera al proletariado, del único rumbo á seguir en la lucha: el de la Revolución. ¡Cuánto tiempo y espacio economizado entonces!

FELIX B. BASTERRA.

Trabajo

«La honrada mano encallecida... Las nobles cicatrices del obrero... El trabajo que dignifica... La ociosidad madre de todos los vicios...»

¿De dónde diablos, Juan, habrá sacado todas esas frases falsas y rimbombantes la aristocracia del martillo, la garlopa, la lezna, el azadón y demás instrumentos envilecedores?

¿Como ha de ser noble, ni honrado, ni decente el trabajar, cuando precisamente se atribuyen esas cualidades las personas que nunca hicieron nada?

Cutis fino, manos delicadas, pies pequeños, todo eso se considera privilegio de las razas superiores, y esto no se adquiere sino huyendo de toda fatiga.

Pero no hay que buscar argumentos sino en el origen mismo del trabajo.

Dios, que es la perfección suma, se estuve mano sobre mano durante una eternidad; ocurriósele, no sé por qué, trabajar un poco, y á los seis días se retiró diciendo: «Ahí queda eso»; y tan escaramentado, que no ha vuelto á las andadas.

Crea al hombre á su imagen y semejanza, para que fuese feliz, y ni siquiera le da á entender que podía distraerse haciendo jaulas de grillos.

Comete Adán la calaveradilla que todos sabemos. Dios se enfurece, medita un castigo atroz, y solo se le ocurre condenarle á trabajar.

Y cuando él, infinitamente sabio y omnisciente, y que además estaba muy incomodado, no pudo inventar cosa más terrible para castigar al hombre que condenarle á trabajar, calcula tú lo que significará esa mal llamada virtud, que se guardan muy bien de ejercitar las gentes de la Iglesia y cuantos estan en el secreto de su origen!

Créeme, Juan; por más que califiquen de honrado al trabajo, el bello ideal del hombre consiste en sustraerse á él, burlándose de la sentencia fulminada por Dios en un momento de disculpable arrebató...

Por lo tanto, no te enorgullezcas tanto de ser trabajador.

JOSÉ NAKENS.

Ataxia femenil

Todas las objeciones que se presentan contra lo que se llama emancipación de la mujer, es decir, contra la igualdad política y social de los dos sexos, son generalmente tan fáciles, que es preciso hacer el mayor sacrificio para darse el trabajo de combatirlas.

BUCHNER, El Hombre según la ciencia.

Gentes hay en el mundo, y con muchos tonos, que tan presto se les agota la vena patriótica ya no dan pié con bola ni hay modo de cogérlas, de puro sueltas que andan. Y matronas hay entre las tales gentes que si de estos abaqueos tuvieran noticia debieran, con el ruido de sus almidonadas enaguas, hacer acompañamiento al perpetuo lirismo con que, venga ó no venga á cuento, distraen los

